

A sabiendas

Toda la noche escribe el cangrejo en la arena
húmeda
El poema infinito de los mares.

Lo hace sabiendo que al atardecer
Vendrán las olas a borrar su escritura.

La hora de los niños

Los niños traficaban con una nueva especie de ratas
Anilladas como langostas y de color magenta y celeste.
Sabor extraño al principio,
Pero como el hambre no miente
Nos habituamos a hornearlas.

Ya que uno es lo que come, en menos de un año
Nos volvimos como ellas.
Primero los ojillos alarmados, la pelambre y la cola.
Poco después los dientes de taladro,
Las garras como sierra de partir huesos.
¿Hará falta decir que a este respecto
No tuvieron gran cosa que enseñarnos?

Ahora son hombres los niños que vivían de las ratas.
Actúan como sicarios de un poder invisible
Y poco a poco pero noche tras noche
Nos eliminan a balazos.

Después

En este mundo sólo existe el después.

El instante se va, se fue
Y nada pudo asirlo.

Todo se vuelve nunca en cuanto llega a pasar.

Todo es jamás para siempre.

La calle de tajín

El edificio horrible ya está en ruinas
Y será demolido.

Temo que nadie llorará su ausencia.

Cuando lo echen abajo me daré
Valor para enfrentarme al gran ridículo
Y pedir un minuto de silencio
A la cuadrilla de demoliciones:

--Antes de que consumen su trabajo,
Permitan por favor que me despida:

Estas paredes lamentables fueron
(tal vez no solamente para mí)
La casa del amor y la poesía.

